

Cerros como elefantes blancos, de Ernest Hemingway

Los cerros al otro lado del valle del Ebro eran largos y blancos. De este lado no había sombra ni árboles y la estación estaba entre dos vías, en el sol. Muy pegada a la pared estaba la sombra caliente del edificio y una cortina, hecha de semillas de bambú, colgaba en la puerta abierta del bar, para mantener afuera las moscas. El americano y la chica que estaba con él, sentados a una mesa en la sombra, fuera del local. Hacía mucho calor y el expreso de Barcelona llegaría en cuarenta minutos. Paraba en este cruce dos minutos y seguía hacia Madrid.

‘¿Qué vamos a tomar?’ preguntó la chica. Se había sacado el sombrero y lo había puesto sobre la mesa.

‘Hace bastante calor,’ dijo el hombre.

‘Vamos a tomar cerveza.’

‘*Dos cervezas*’, dijo el hombre hacia la cortina.

‘¿Grandes?’ preguntó una mujer desde la puerta.

‘Sí. Dos grandes.’

La mujer trajo dos vasos de cerveza y dos servilletas. Puso las servilletas y las cervezas en la mesa y miró al hombre y a la chica. La chica estaba mirando hacia los cerros. Eran blancos al sol y el campo era marrón y seco.

‘Parecen elefantes blancos’, dijo.

‘Nunca vi uno.’ El hombre tomó su cerveza...

‘No, no habrías podido.’

‘A lo mejor sí,’ dijo el hombre. ‘Que digas que no habría podido no prueba nada.’

La chica miró hacia la cortina de semillas. ‘Le pintaron algo,’ dijo. ‘¿Qué quiere decir?’

‘*Anís del Toro*. Es una bebida.’

‘¿Podemos probarla?’

El hombre dijo ‘Oiga’ hacia la cortina. La mujer salió del bar.

‘Cuatro *reales*.’

‘Queremos dos *Anís del Toro*.’

‘¿Con agua?’

‘¿Lo querés con agua?’

‘No sé,’ dijo la chica. ‘¿Es rico con agua?’

‘Está bueno.’

‘¿Los quieren con agua?’ preguntó la mujer.

‘Sí, con agua.’

‘Tiene gusto a licor,’ dijo la chica y dejó el vaso.

‘Eso es lo que pasa con todo.’

‘Sí,’ dijo la chica. ‘Todo tiene gusto a licor. Especialmente todas las cosas que esperaste mucho tiempo, como el ajeno.’

‘Basta, cortala.’

‘Vos empezaste,’ dijo la chica. ‘Yo me estaba divirtiendo. Estaba pasándola bien.’

‘Bueno, vamos a intentar pasarla bien.’

‘Todo bien. Yo estoy intentando. Dije que las montañas parecen elefantes blancos. ¿Eso no fue brillante?’

‘Eso fue brillante.’

‘Yo quería probar este nuevo trago. Es todo lo que hacemos, ¿no es así – mirar las cosas y probar nuevos tragos?’

‘Creo que sí.’

La chica miró hacia los cerros.

‘Son unos cerros adorables’ dijo ella. ‘No parecen realmente elefantes blancos. Yo sólo me refería al color de su piel a través de los árboles.’

‘¿Tomamos otro vaso?’

‘Dale.’

El viento caliente echaba la cortina contra la mesa.

‘La cerveza es rica y está bien fría,’ dijo el hombre.

‘Es adorable,’ dijo la chica.

‘En realidad es una operación tremendamente simple, Jig,’ dijo el hombre. ‘En verdad, no es realmente una operación.’

La chica miró el piso donde estaban apoyadas las patas de la mesa.

‘Sé que no puedes imaginártelo, Jig. Realmente no es nada. Es sólo dejar entrar el aire.’

La chica no dijo nada.

‘Voy a ir con vos y voy a estar con vos todo el tiempo. Ellos sólo van a dejar entrar el aire y después todo va a estar perfectamente normal.’

‘¿Y qué vamos a hacer después?’

‘Vamos a estar bien después. Igual que estábamos antes.’

‘¿Qué te hace pensar que va a ser así?’

‘Eso es la única cosa que nos molesta. Es la única cosa que nos hace infelices.’

La chica miró la cortina, estiró la mano y agarró dos tiras.

‘¿Y vos pensás que después vamos a estar bien y vamos a ser felices?’

‘Yo sé que sí. No tenés que tener miedo. Conozco un montón de gente que lo hizo.’

‘Como yo,’ dijo la chica. ‘Y después fueron todos muy felices.’

‘Tal cual,’ dijo el hombre, ‘no tenés que hacértelo si no querés. No quiero que te lo hagas si vos no querés. Pero sé que es realmente simple.’

‘¿Y vos lo querés realmente?’

‘Yo pienso que es lo mejor. Pero no quiero que te lo hagas si realmente no querés.’

‘¿Y si yo lo hago vas a estar feliz y las cosas van a estar como siempre y me vas a amar?’

‘Yo ahora te amo. Vos sabes que te amo.’

‘Lo sé. ¿Pero si lo hago, después va a estar todo bien si yo digo que las cosas son como elefantes blancos, y te va a gustar?’

‘A mí me encanta. Me encanta ahora, es sólo que no puedo pensarlo. Sabes cómo me pongo cuando estoy preocupado.’

‘¿Si lo hago nunca más vas a estar preocupado?’

‘No estoy preocupado por eso porque es realmente simple.’

‘Entonces voy a hacerlo. Porque no estoy preocupada por mí.’

‘¿Qué querés decir?’

‘Que a mí no me preocupa.’

‘Bueno, yo me preocupo por vos.’

‘Oh, sí. Pero yo no me preocupo por mí. Y lo voy a hacer y después todo va a estar bien.’

‘No quiero que te lo hagas si lo ves de esa manera.’

La chica se levantó y caminó hasta el final de la estación. Allá, del otro lado, había campos sembrados y árboles a lo largo de las orillas del Ebro. Lejos, más allá del río, estaban las montañas. La sombra de una nube cruzó el campo sembrado y ella vio el río a través de los árboles.

‘Y podríamos tener todo esto,’ dijo ella. ‘Y podríamos tener todo y todos los días lo haríamos más imposible.’

‘¿Qué estás diciendo?’

‘Dije que podríamos tener todo.’

‘Podríamos tener todo.’

‘No, no podríamos.’

‘Podríamos tener el mundo entero.’

‘No, no podríamos.’

‘Podríamos ir a cualquier lado.’

‘No, no podríamos. Ya no será nuestro nunca más.’

‘Es nuestro.’

‘No, no lo es. Y una vez que se lo llevan, nunca podés recuperarlo.’

‘Pero no nos lo quitaron.’

‘Ya lo veremos.’

‘Vuelve a la sombra,’ dijo él. ‘No tenés que verlo así.’

‘No lo veo de ninguna manera,’ dijo la chica. ‘Sólo que sé algunas cosas.’

‘No quiero que hagas nada que no quieras hacer...’

‘No si no es bueno para mí,’ dijo ella. ‘Lo sé. ¿Podemos tomar otra cerveza?’

‘Dale. Pero tenés que darte cuenta...’

‘Me doy cuenta,’ dijo la chica. ‘¿No podemos dejar de hablar?’

Se sentaron en la mesa y la chica miró hacia los cerros en la parte seca del valle y el hombre la miró a ella y después a la mesa.

‘Tenés que darte cuenta,’ dijo él, ‘que yo no quiero que lo hagas si no querés. Estoy realmente dispuesto a dejar esto de lado si no significa nada para vos.’

‘¿No significa nada para vos? Podemos superarlo.’

‘Por supuesto que es algo para mí. Pero yo no quiero a nadie más que a vos. No quiero a nadie más. Y sé que es perfectamente simple.’

‘Sí, vos sabés que es perfectamente simple.’

‘Está muy bien que vos digas eso, pero yo lo sé.’

‘¿Podrías hacer algo por mí ahora?’

‘Hago cualquier cosa por vos.’

‘Por favor por favor por favor por favor por favor por favor por favor, ¿podés parar de hablar?’

Él no dijo nada pero miró las valijas al lado de la pared de la estación. Tenían tickets de todos los hoteles en que habían pasado esas noches.

‘Pero no quiero que lo hagas,’ dijo él. ‘No me importa nada de eso.’

‘Voy a gritar,’ dijo la chica.

La mujer salió de entre las cortinas con dos vasos de cerveza y los puso en las servilletas húmedas. ‘El tren llega en cinco minutos,’ dijo.

‘¿Qué dijo?’ preguntó la chica.

‘Que el tren está llegando en cinco minutos.’

La chica sonrió amablemente a la mujer, para agradecerle.

‘Es mejor que llevemos las valijas al otro lado de la estación,’ dijo el hombre. Ella le sonrió.

‘Dale. Después volvemos y nos terminamos la cerveza.’

Él levantó las dos valijas pesadas y las cargó alrededor de la estación hasta las otras vías. Miró a lo lejos en las vías pero no pudo ver el tren. Volviendo, caminó a través de la sala del bar, donde las personas que esperaban el tren estaban tomando. Se tomó un Anís y miró a la gente. Todos esperaban el tren tranquilamente. Salió a través de las cortinas. Ella se estaba sentando a la mesa y le sonrió.

‘¿Te vas a sentir mejor?’ le preguntó él.

‘Me siento bien,’ le contestó. ‘No me pasa nada. Me siento bien.’

Traducción de Eugenio Conchez